



JOSEP MARIA POU • ACTOR Y DIRECTOR TEATRAL

«HACIENDO ESTE SÓCRATES SOY EL SER MÁS FELIZ DEL MUNDO»

V.M. ALBACETE

Un año después de lograr un reconocimiento unánime en el Festival Internacional de Teatro Clásico de Mérida, *Sócrates, juicio y muerte de un ciudadano*, la obra de Mario Gas y Alberto Iglesias, llega hoy al Teatro Circo (21 horas), donde el público albacetense podrá admirar la soberbia interpretación del actor Josep Maria Pou, encarnando al que está considerado padre de la oratoria.

¿Cómo afronta el reto de aproximarse a una figura clave en el pensamiento de la civilización occidental?

De entrada con muchísimo respeto y cierto miedo, lógicamente, porque cuando te ofrecen la posibilidad de interpretar a un personaje como éste cae encima de ti casi toda la historia de la humanidad. Afortunadamente, a pesar de no haber dejado escrito nada, la verdad es que existe mucha documentación sobre él, porque sus discípulos recogieron su pensamiento, lecciones de filosofía, su concepto del mundo e incluso pequeñas anécdotas, desde su carácter apasionado hasta la forma de caminar o de vestir... todo ello te ayuda a conformar una idea fiel de cómo debía ser el personaje.

Un ejemplo de integridad que, si cabe, es hoy una lección para enfrentarse a cualquier dogmatismo, ¿no le parece?

Sí, esa es la razón de ser de este espectáculo. Hace muchos años, cuando se vislumbraba el final del régimen de Franco, otro gran hombre de teatro, Adolfo Marsillach, hizo otro montaje sobre Sócrates donde reflexionaba precisamente sobre la democracia. En este caso, 40 años después, Mario Gas creyó oportuno volver a revisar la figura del filósofo para reflexionar sobre la que ya tenemos, porque Sócrates pasa por ser una de las primeras grandes víctimas de la democracia. Él era un hombre que vivía prácticamente de lo que le regalaban sus amigos y discípulos, no cobraba nada por sus lecciones, y se definía a sí mismo como un hombre que busca la verdad, siendo consciente que esa verdad no aparece a primera vista. Esa búsqueda de la verdad molestaba mucho en la democracia ateniense a los grupos que ostentaban el poder, que, a través de una denuncia falsa y un juicio amañado, donde se le acusó de corromper a la juventud con sus ideas, le condenaron a muerte. Es en ese punto cuando viene la gran lec-



FOTO: TEATRE ROMEA

ción de honestidad de Sócrates, ya que lejos de intentar sobornar a los funcionarios de justicia para salvar la vida, él acepta esa condena en base a una ley democrática que había aceptado y con las que estaba comprometido. El público se queda asombrado viendo la enorme actualidad del pensamiento de Sócrates.

Sus denuncias contra la corrupción imperante en Atenas ¿acentúan esa vigencia?

Claro, aquella democracia ya estaba tocada de los defectos del ser humano: envidia, ambición, ansia de poder... Él, simplemente, hablaba con las gentes en las calles y plazas y les hacía ver el deterioro de la democracia a manos de personas que la utilizan en su beneficio. Una de las cosas que asombra a los espectadores es que a los cinco minutos de comenzar este espectáculo Sócrates se dirige al público para hablar de los males de la democracia, que resume en tres: corrupción, ocultación y *partitocracia*, lógicamente parece que estemos hablando de los tiempos actuales.

¿Es él mismo un ejemplo que resume esa máxima de que sabiduría y humildad van unidas?

Él es autor de esa popular frase,

«Me considero un animal de escenario, lo que más me gusta es el contacto con el público»

casi un eslogan publicitario, «Sólo sé que no sé nada», aunque es verdad que no lo dijo exactamente así; no obstante era humilde hasta cierto punto, Platón y Senofonte coinciden en señalar que era un tanto vanidoso y estaba tan convencido de aquello en lo que creía que era capaz de enfrentarse con quien no estuviese de acuerdo con él, dentro de los límites de una discusión acalorada.

El frenético ritmo de los acontecimientos, ¿subraya el tinte trágico de la representación?

Es un espectáculo donde los actores nos presentamos al principio como tales al público y, una vez establecidas las reglas del juego, nos revestimos con los ropajes de la escena y comenzamos la representación de los fragmentos de la vida de Sócrates. La función es-

tá realizada como un *collage*, donde se mezclan monólogos y escenas, que se van mezclando como si todo fuese un magma sin solución de continuidad.

Mario Gas no acierta a explicarse por qué su figura se ha presentado tan poco.

Es algo curioso, porque incluso sorprende el hecho de que Shakespeare no le dedicase una de sus grandes tragedias, porque es una figura rica, compleja y contradictoria. Curiosamente ninguno de los grandes autores del teatro universal se ocuparon de su figura.

Todo apoyado en una puesta de escena muy sobria.

Somos siete actores que se van desdoblado en papeles distintos a lo largo de un espectáculo que tiene algo de ceremonia, casi de gran réquiem acerca de la muerte de Sócrates, todo ello va contándose a modo de *flashback*... prácticamente es un espectáculo basado en la palabra.

En cine su último trabajo es una ácida sátira sobre las consecuencias de la crisis, ¿denuncia a través del humor?

Sí, la película enloquecida de Isaki Lacuesta, que costó mucho levantar, denunciaba de forma brutal los abusos del poder y, so-

bre todo, del poder del mundo financiero, que nos ha llevado a la brutal crisis que padecemos.

¿Algún nuevo proyecto en ciernes para la gran pantalla?

Estoy compaginando esta gira con el rodaje de la nueva película de Pablo Berger, *Abracadabra*, donde interpreto a un personaje absolutamente distinto.

Durante su carrera ha trabajado regularmente en televisión, ¿qué le parece la apuesta actual por las series de producción propia?

Es una apuesta que viene de hace varios años, recuerdo que cuando hice *Policías* se emitían *Periodistas* y *Compañeros*, series que fueron el embrión de la llamada producción propia. Debo confesar que últimamente me ofrecieron varias, que no he podido hacer porque significaba renunciar al teatro y eso es algo que nunca haré, porque, por encima de todo, me considero un animal de escenario, lo que más me gusta es el contacto directo con el público, reconozco que haciendo este Sócrates soy el ser más feliz del mundo, es uno de los momentos más felices de mi carrera, porque me permite hacer un personaje dramáticamente fantástico e interactuar constantemente con el público.